



DELIRIOS DE ROBIN HOOD

Iván de la Mora García

DELIRIOS DE
ROBIN HOOD



Primera edición: abril de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Iván de la Mora García

ISBN: 978-84-17784-58-4

ISBN digital: 978-84-17784-59-1

Depósito legal: M-14324-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mamá, el espejo en el que me miro cada día,
a mi padre, y nuestros domingos de fútbol.
A Claudia y Valeria, mi mundo,
y todos aquellos con los que sueño;
a los que aman con todo, sin reservas.*

PRÓLOGO

Plauto fue el que aseguró aquello de que «el hombre es un lobo para el hombre», y Thomas Hobbes, que sin duda debió leer a Plauto, popularizó su afirmación en el siglo XVI. El caso es que preñar siempre se nos dio más o menos bien, y por lo que se ve no mudamos nuestro carácter ni a tiros. Bueno, a tiros, lo que se dice a tiros, podemos cambiar mucho. Más de la cuenta. Los protagonistas de la novela que tienes entre manos te lo podrán certificar como haría un buen inspector. Date tiempo.

Abundando en Plauto, yo añadiría que además de ser lobos para nuestros semejantes, nos parecemos también a esos perros que andan por los quemados de los campos olisqueando la tierra, aunque ellos no fallan. Menuda excentricidad, pensarás, menudo comienzo. Permite que me explique. Me refiero a que los perros rastrean y terminan encontrando el tesoro: las trufas que llenan el cesto. Y nosotros avanzamos por la vida con la misma ansiedad perruna (aunque más despistados), con la imperiosa necesidad de obtener respuesta a las grandes preguntas. Buscamos bajo el suelo, tras los muros de piedra, y hasta en las copas de los árboles, pero la mayor parte de las veces el terreno nos despista y confunde, y nos acabamos ofuscando.

Esta es una novela de búsqueda. Todos buscan, como perros, como lobos. En ocasiones somos grandes perdedores, y Marco, Daniel, Alejandra y Ana nos lo recuerdan. A veces vencemos, pero no sabemos si tras la dulzura de lo conseguido, nos aguardan o no cosas mejores. A veces todo es caos y desarraigo, pero puede

que solamente en apariencia. A veces todo es amor. En *Delirios de Robin Hood* Iván nos muestra —de manera particular y personalísima— lo que somos capaces de hacer por los otros. Aún a costa de echarnos a perder, de violentarnos, de traicionarnos. Lo dicho: búsqueda. La que emprenden unos y otros cuando se observan y reconocen andando el camino que no es. La certeza es para los personajes (como a menudo lo es para nosotros) una población lejana. Pero hay que viajar, hay que sufrir y disfrutar, y hay que buscar y buscar y no decaer en el empeño, so pena de no vivir intensamente. Adelante. Entra en estas páginas sin complejos, sin prejuicios; mantén la guardia alta y déjate llevar. Delira, lector. Sobre todo, eso, delira. Iván, genial en su debut, se encarga de todo.

QUICO TARONJÍ, CAPITÁN Q
Aventurero y presentador de *Aquí la tierra*, TVE
Autor de *Aislado*

INTRODUCCIÓN

«Era más de Blas que de Epi, más de Robin que de Batman, de Benji el portero, de Tom más que de Jerry, del Coyote, del Pato Lucas, de Obélix; en su adolescencia era de Elvis, de los Secretos y de los Spin Doctors, era de don Joaquín Sabina, era del Atleti, de Futre y de Schuster, era más de Paul Newman que de Robert Redford, era de don Vito Corleone, del Polanski de *El pianista* y aún más del Roberto Begnini de *La vida es bella* y *Del tigre y la nieve*. Era más de Darry y Pony boy que de Dallas y Soda. Era del Ché y de los Lakers de Magic. Aprendió a saborear la lectura de la mano de Poe, de Valle-Inclán y de Pío Baroja, pero por aquella época era de Orwell y de Huxley; en la Universidad de Políticas era de Kafka y de Marx, le fascinaba Maquiavelo pero reconocía la brillante aportación de Max Weber a las sociedades modernas; era del Milinko Pantic del doblete, era de Delacroix y de Van Gogh, pero también era de Theo; después se hizo policía y en pocos años pasó a ser inspector. Era de Bolaño, de Shakespeare y de Auster, sobre todo de Auster. Era de Murakami pero algo más de Kenzaburo Oé. Era de la Ser y de El País, era socialista pero ya menos, era más izquierdoso cada día, estaba separado pero continuaba casado, era de sus padres, sobre todo de su madre, era de su hija, de la pequeña Claudia, era de Garzón y de Zerolo, era de Madrid, era mi jefe hasta hace una semana. Éramos compañeros de coche, éramos amigos, creo que lo seguimos siendo, a pesar de todo, incluso, a pesar de haberme metido en esto».

Ahora Marco García ya no era mi jefe, y no lo iba a volver a ser.

PARTE I

INTERROGATORIO

El comisario de la división de homicidios, Roberto Martínez, se sentó ante mí con un café de esos que se llevan en vaso de cartón, en la otra mano traía un par de hojas de las cuales no apartó la mirada mientras se sentaba, dio un sorbo y suspiró a la vez que las ojeaba.

—Bueno, bueno, bueno —repitió haciendo una pausa larga en cada bueno. La sala de interrogatorios parecía diferente a pesar de ser la misma en la que yo había hecho decenas de ellos, tan solo cambiaba una cosa; la posición en la que me encontraba, de interrogador a interrogado, de entrevistador a entrevistado, la silla de enfrente, la más baja, esa era la que ocupaba mi culo, solo cambiaba una cosa y en realidad cambiaba todo. Un haz de luz salía del foco que apuntaba directamente a mi rostro, dividía la mesa en dos zonas, yo estaba en la mitad iluminada y al comisario le envolvía una suave penumbra.

—Mira Daniel, no sé qué cojones pasa aquí, no tengo ni puta idea de que se trae entre manos el cabrón de tu jefe, pero necesito respuestas, y tú me las tienes que dar. No te conviene ocultar nada, tú todavía eres joven y tienes toda una carrera por delante —hizo una pausa para dar otro pequeño sorbo al café— estos cabrones saben hacer café. ¿Sabes cuál es el secreto de su éxito?, ¿no? Te lo diré. Yo antes tomaba café en el bar de toda la vida, el que hay frente a la comisaría, costaba uno treinta, y con una barrita con tomate y aceite, dos cincuenta. El mismo café y la misma barrita valía dos treinta en la cafetería de Juan, la de la

esquina, esa a la que vais la mayoría de los compañeros. Después el bar de enfrente bajó su desayuno a dos veinticinco, y el de Juan a dos al mes siguiente. El trasiego de policías y trabajadores de la zona aunque te parezca mentira era considerable. Como sigan así acabarán cerrando, al menos uno. Este jodido café sin barrita de aceite y tomate vale casi cuatro euros, y sabes qué, el local siempre tiene a su clientela fija, no se pegan por los precios. Este jodido café, básicamente, sabe igual que los otros, pero venden algo diferente, o tú compras algo diferente; no es el jodido vasito verde, venden el que tú te sientas especial, mereces este café, te alejas del de la esquina y del de enfrente, eres diferente y por eso esta cadena de cafeterías triunfa. Tú puedes elegir entre quemarte día a día entre el de la esquina y el de enfrente o por el contrario dar el salto y distinguirte con estos tíos que no van a cerrar nunca. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No, no muy bien, creo —respondí dubitativo— creo que quiere que le diga dónde está Marco pero no tengo ni idea, y tampoco sé por qué no llevó al detenido a comisaría, como bien sabe me dejó en casa a curarme la herida que me hizo ese cabrón, y él se encargaba de todo, me insistió para que cogiera el día libre y tuve que hacerle caso. Puede comprobar que pasé por el hospital y me dieron un par de puntos.

Inclinó levemente la cabeza para ver cuál era el estado de mi oreja, volvió a reclinarla lentamente hasta encararse de nuevo frente a mí, se acodó tranquilamente para acercarse aún un poco más y trató de esgrimir una sonrisa cómplice.

— Te voy a dar otra oportunidad, realmente tú me caes bien Daniel, no así el gilipollas de tu jefe, ese sabelotodo borracho de los huevos que se cree el puto nobel de literatura. Dime algo, cualquier cosa que se nos pueda haber pasado y, tal vez, no te mande a los pasos de cebra aledaños a los colegios para que vigiles bien que los nenes no sean atropellados, ¿estamos?

Volvió a dar un sorbo al café, suspiró de nuevo y me clavó la mirada.

—Este puñetero café triunfa porque sabe a quién va dirigido, a gente con clase, tíos con portátil ultraligero, a triunfadores, y tú, Daniel, estás lejos de triunfar, no te jodas la carrera, no tienes por qué tapar a tu amigo, no tienes que jugártela a la ligera porque tienes que saber que ahora mismo, ese que se dice tu amigo, te ha medido en esto y tú..., gilipollas —cambió el tono y en las comisuras de sus labios apareció una saliva blanca más densa que anunciaba la tensión del comisario— andas por una jodida cuerda muy fina, como un puto funambulista acojonado que no se entera de nada, y lo primero que deberías de saber es que no hay red. Yo soy tu jodida red, ¿entiendes inútil? Tu puta red.

—No sé donde está señor Martínez, se lo digo de verdad —le comenté con toda la tranquilidad que me fue posible, pues el cabrón del comisario me estaba acorralando, e hice una nueva pausa para aseverar finalmente— no he vuelto a hablar con él.

—¿Y el otro? ¿Qué cojones ha hecho con el asesino? ¿Dónde puede estar el serbio?

—Tampoco sé qué ha hecho con ese tío, me dejó en casa y no hemos vuelto a hablar. De veras no lo sé, ya sabe cómo es Marco, va a lo suyo, no me haga esto. No tengo nada que ver en todo este rollo que ha montado. Cuando me pateó la oreja lo metimos al maletero, tenía los grilletes puestos, no pudo escapar, a saber qué ha hecho Marco con él.

—Llevo muchos años interrogando a individuos de todo tipo, inocentes, culpables, cómplices, encubridores, fariseos... Si he llegado hasta aquí es porque conozco cada pequeño resquicio por el que se intentan marchar, sudor en las manos, lenguaje corporal, los ojos se despistan, se van a derecha e izquierda, traicionan. Los poros de la piel hablan, incluso para ti que conoces la sala —apuró su café, tiró el vaso a la papelera que había bajo sus pies y golpeó la mesa con aquel par de hojas para cuadrarlas, me volvió a mirar a los ojos y sentenció dirigiéndose a mí de usted— váyase a casa, en principio un par de semanas, ya veremos cuál será su destino. Gracias por su colaboración —hizo una mueca, me guiñó un ojo y se marchó dando un portazo.

UN CAFÉ MÁS BARATO

En la televisión sin sonido, pues se escuchaba un *jazz* bastante agradable, Obama ocupaba toda la pantalla explicando los fallos del ejército de los Estados Unidos de América en algún lugar del remoto mundo árabe, algo así se podía leer en el titular al pie de la noticia; un error con algún proyectil lanzado por sus chicos, lo que debía ser un almacén de arsenal químico de las milicias yihadistas resultó ser un centro de la Cruz Roja, eso que se denomina daños colaterales en la actualidad y que no es otra cosa que asesinatos gubernamentales. Qué lejos quedaba la alegría de las gentes hace unos años vitoreándole en nuestra ciudad, ahora sumida en una crisis tan brutal y duradera, similar a la decadencia de Barack Obama tras su reelección. El reloj del canal 24h marcaba las 08:05; fuera las luces de los coches devolvían reflejos producidos por el agua en la calzada, la ciudad comenzaba su incesante ritmo llevando de un lado para otro a trabajadores y trabajadoras sin descanso, los pitidos de los vehículos se mezclaban con las prisas y las carreras, dentro de la cafetería un Daniel algo desconcertado tras el interrogatorio interrumpía el ajetreo de la urbe con sorbos caudalosos de un cargado café solo, un café bastante bueno para no costar cuatro euros. En sus pensamientos seguía el comisario Martínez y esa amenaza de mandarle a controlar pasos de cebra. Sin embargo esa era la menor de sus preocupaciones; no eran las amenazas del comisario lo que le preocupaba, algo mayor, más interior, ocupaba sus pensamientos, por supuesto que tenía que ver con Marco y con esa llamada que le había ocultado al comisario.

Daniel conoció al inspector Marco García haría nueve años, entró a la brigada de homicidios y fue a parar directamente al grupo número 1 que dirigía Marco. Al poco tiempo éste se fijó en la valía de Daniel y lo hizo su mano derecha, enseñándole el oficio, entrenándole y supervisando sus actuaciones. Durante los primeros cinco años fueron muy reconocidos entre los compañeros, incluso envidiados, pues además de entenderse en el trabajo parecían conocerse de toda la vida. Marco era un gran comunicador, una de esas personas que pronto comprendes que tiene algo, un tipo con duende, caía bien y sabía llevarse a la gente a su terreno, era culto, le encantaba la literatura y el cine y podía mantener una conversación más que interesante, fuera quien fuese su interlocutor. Daniel por el contrario era un chico menos erudito que su jefe, un buen deportista, tranquilo, pero con una capacidad de aprendizaje brutal, listo, trabajador y honesto; por todo ello lo eligió Marco una vez que su compañero se jubiló y necesitó un ayudante.

Mientras Daniel seguía escudriñando su café, ahora a sorbos pequeños, sin percatarse de que del agradable *jaz* de fondo habían pasado a un *reggae* vulgar, recordó la primera mañana con su jefe.

Una mañana cualquiera a las ocho en punto, el primer día que compartían coche, Daniel se arrastró hasta el alfa de Marco, pues los nervios no le habían dejado dormir en toda la noche: el inspector le preguntó si había estado de fiesta, pregunta retórica a la que Daniel respondió encogiéndose de hombros. Al principio la conversación discurrió como todas, se pusieron al día de sus familias, Marco se acababa de casar con Alejandra, y Daniel estaba empezando de novio con una chica llamada Ana. Posteriormente Marco empezó a hablarle de la confianza, que tendría que ser la base de su relación; en un trabajo como aquel, si no confías en tu compañero estás perdido. Le hizo bajarse del coche, «esta es tu primera clase», le dijo. Tapó los ojos de Daniel con un trapo y le animó a dejarse caer hacia detrás. El asombro de Daniel era evidente pero finalmente aceptó, lo había visto en un programa de televisión, Mira Quién Baila o algo así. Consistía en que los bailarines que es-

taban ensayando debían, para coger confianza en sus compañeros, con los ojos tapados, dejarse caer de espaldas. Sus compañeros les sostenían antes de llegar a contactar con el suelo. Pues bien, Marco se puso detrás de Daniel y le dijo que adelante, que se tirara, que confiara en él. Segundos después Daniel estaba en el suelo con un golpe en la cabeza. Marco se rió, ¿acaso nos conocemos?, si te digo que te tires por un puente imagino que ahora estarías en el hospital en el mejor de los casos. Aprende a desconfiar de todo y de todos. Daniel se limitó a decir un «muy gracioso».

Una vez reanudaron la marcha en el coche, Marco le preguntó si había leído *La Metamorfosis* de Kafka. Daniel no había leído el libro, le animó a hacerlo y le contó la historia de Gregorio Samsa: se había convertido en un bicho real y lo que al principio era una tragedia al final se fue traduciendo en una pesadez, y el enorme sentimiento de pena que producía en el lector el comprobar que ya era algo molesto hasta para su propia familia. Pero Gregorio Samsa seguía siendo el mismo, feo exteriormente, pero el mismo al fin y al cabo. Su vida monótona, gris y sin ilusiones lo acaba convirtiendo en un bicho, quizá la conciencia de su monotonía, de su vida vacía. Daniel no supo exactamente qué quiso decirle su jefe, pero sí comprendió que le gustaba escucharle.

Cada día le contaba una cosa nueva, solía hilar aquello que pretendía transmitirle a través de la literatura la mayoría de las veces, pero también se apoyaba en cine, pintura e incluso alguna vez deporte, campo que Daniel dominaba bastante mejor y donde se aventuraba a entrecortar a su jefe y daba su opinión discrepando en muchos casos; además Daniel era madridista y solía intentar picarle por ese lado. Hubo más clases prácticas como la de la confianza pero, en el fondo, Daniel notaba que estaba aprendiendo, que ese tipo con aire de loco, despeinado, barbudo y de inquietantes ojos azules tenía mucho que decir, y él, mucho que aprender. Nunca le explicaba nada, simplemente le contaba algo y luego le decía que no hiciera preguntas, que pensase por sí mismo, que si no jamás crecería, que no llevase nada a verdades irrefutables, que

desconfiase de todo y que pensase. De lo que veas cree la mitad, solía decirle; de lo que te cuenten, no creas nada.

Una camarera de brazos tatuados y un pendiente en la ceja se acercó sigilosa y retiró el café de Daniel sin que este se percatase: seguía sumido en sus pensamientos, recordando historias con Marco y dilucidando qué debía hacer, cómo actuar y qué consecuencias traería toda esta historia en la que le había metido su jefe.

Sumido en ese profundo letargo de recuerdos y deliberaciones, a su mente vino otro día, en uno de sus tantos casos bien resueltos. Cubrían un altercado en un club de alterne en el que una prostituta había sido asesinada, de camino preguntó a Marco acerca del caso pero éste no contestó sobre eso. Dedicó el viaje a contarle una historia de colegio.

—Cuando yo era pequeño era un muchacho muy introvertido, con pocos amigos, uno de esos chicos que prefieren aislarse del mundo como protegiéndose, para que nadie les haga daño. Recuerdo perfectamente un día que se metieron conmigo, el grupito de gallitos de la clase me trataba de quitar el libro de matemáticas para que el profesor me echase de la clase o para garabateármelo, ve tú a saber qué coño querían hacer esos delincuentes en potencia. Bien, al primer tirón, agarré fuerte el libro y clavé mi mirada en el que había tratado de arrebatármelo, otro me soltó una colleja por la espalda y apenas me inmute. Me levanté como un resorte y ellos retrocedieron. Cuando llegaron a la altura de la pizarra, cogieron las tizas, las hicieron cachos y comenzaron a tirármelas, no me inmute tampoco, volví a sentarme y puse mi brazo a modo de escudo. Después entró el profesor y cada uno fue a su sitio. Uno de esos cabrones se sentaba detrás de mí, yo no me percaté pero el bastardo se pasó la clase pintándome el jersey por la espalda, todavía me culpo por no haberlo notado, creo que fue al tocarme por la espalda haciéndose el arrepentido mientras me pedía perdón cuando aprovechó para llenar de tiza el jersey. ¿Sabes lo que más me dolió de todo?

—No sé —dijo Daniel sin entender a qué venía todo aquello en vez de comentar el caso que iban a cubrir.

—Lo que más me dolió fueron dos cosas: una, escuchar a Mamá decir que me debía haber apoyado en la pizarra porque traía el jersey manchado de tiza, y dos, haberla visto la tarde anterior planchándome ese jersey gris que ahora sacudía a manotazos.

Tras el relato, le contó que, años después, detuvo al compañero de clase, al de la tiza, por agresión en un club de alterne, al que en aquel momento se dirigían. Daniel recordaba como ahí le dio una extensa charla entre casualidad o causalidad y sin explicarle nada más, le dio una nueva lección que aunque en ese momento no supo descifrar, ahora, escuchando ese *jazz* de fondo que mezclaban con *reggae*, *folk* y *blues*, con los reflejos de las luces de los coches en el suelo mojado de Madrid asomándose a través de ese gran ventanal, empezaba a comprender, a apreciar la verdadera personalidad de Marco, a entender lo que pudo haber hecho esa mañana de hace tres días, antes de desaparecer. Su mente daba vueltas a gran velocidad tras la llamada de la noche anterior. Qué hacer, era la gran pregunta, fuese lo que fuese lo que decidiese hacer Daniel, tenía que hacerlo ya, pues la vida de un asesino dependía de él.

Salió de la cafetería decidido, el olor a lluvia invadió sus fosas nasales, ya apenas chispeaba, la mañana era gris pero comenzaba a abrir. Sorteó los charcos sin conocimiento de ello pues su mente seguía trabajando, estaba convencido de que Marco había detenido hace años a su antiguo compañero de colegio por la causalidad y no por mera casualidad. Y entonces empezó a ver todo más claro mientras se encaminaba hacia su coche, para encontrar a aquel asesino que Marco le había puesto en bandeja de plata la noche anterior, esa llamada que le había ocultado al comisario era la clave. Ana, su mujer, había contestado, le había pedido que le contase todo al comisario, que no le ocultase la llamada de Marco, pero ya era tarde para eso.

Ana era la mujer de Daniel, era una chica alegre y divertida sobre todo. Era abogada, de hecho había comenzado a llevar el caso

de Marco poco antes de que desapareciese, referente a la custodia de la niña. Aunque no le gustaba tener relación con sus representados había aceptado después de que su marido se lo pidiera insistentemente. Esperaban su primera hija, y como ya estaba bastante avanzado el embarazo, sólo llevaba el caso de Marco. Le estaba poniendo mucho empeño y trabajo pues no quería defraudar al jefe de su marido y mucho menos a este. Fue la primera sorprendida tras la desaparición de su defendido, pues nada hacía presagiar este revés que ahora, sin duda, sufriría el caso. Marco había huido con su hija.

Ana sabía por Daniel que Marco llevaba sobre sus espaldas una carga enorme, ya que aunque le ayudaban sus padres, había tenido que sacar a una niña adelante cuando esta apenas había cumplido los dos años. La madre de Claudia, Alejandra, había abandonado a padre e hija con el pretexto del amor; se había enamorado perdidamente de un procurador de Madrid que la había hecho elegir. Marco había escuchado sus argumentos durante toda una noche mientras Alejandra preparaba una maleta y le aseguraba que vendría a ver a la pequeña Claudia todas las semanas. Cuando tuvo hecha la maleta fue a la cocina, preparó dos cafés y se quedó quieta, en sus pensamientos estaba la certeza de que Marco la abofetearía, pues aunque no era un hombre violento, era una persona para la que la lealtad y el compromiso eran valores innegociables. Sin embargo Marco no hizo nada, él no era así; era un tipo feminista convencido de la igualdad de género al que le estaban partiendo el corazón. Impertérrito, lloró en la cocina y aceptó el café. Tan sólo dijo:

—Ve a la habitación de Claudia, mírala bien, y si aún así te vas, no vuelvas jamás a nuestras vidas.

Ella no se inmutó, soltó un «lo siento» real y se justificó por el mucho trabajo de él y el haberla descuidado, después pronunció algo así como que no hay blancos y negros totales, sino múltiples grises. Marco enmudeció y se quedó mirando fijamente a Alejandra. Esperó que sus palabras penetraran en su mente y se asentaran en ella. Finalmente amaneció, a las seis y media de la mañana sonó

el timbre. Antes de marcharse Alejandra le dio un beso en la frente, le dijo que sería mejor no despertar a la niña y todo sucedió tal cual, como pasan las cosas que no tienen mucho sentido. Antes de cerrar definitivamente la puerta dijo:

—Recuerda poner la doble ventana en su habitación, entra algo de frío —y se largó cerrando con un pequeño portazo que, al igual que en la canción de Sabina, sonó como un signo de interrogación.

Marco no puso ninguna denuncia por abandono de hogar ni nada parecido, se lo tragó ayudado por sus padres, aferrándose a la pequeña con firmeza, diciéndose así mismo que la sacaría adelante, refugiándose cada noche en sus llantos sordos, donde las lágrimas recorren el rostro a borbotones sin miedo a desprenderse sobre la poblada barba que las acoge con agrado, tragándose la realidad recogido en la quietud de la noche, deshaciendo el nudo de la garganta con tragos de *whisky* caudalosos, escuchando el sobrecogedor silencio que inunda la estancia, perdiendo la mirada a través de la ventana donde tan solo las farolas ayudan a la luna a vislumbrar un hilo de esperanza; la que tiene puesta en ella, en su hija, a la que promete, mientras esta duerme, que jamás la abandonará, que desde que nació vive por y para ella, que no le faltará de nada, que podrá contar con él para lo que necesite, porque gracias a su madre, la de él, se dio cuenta del verdadero sentido de la vida. Qué madre abandona a una hija, se preguntaba, y todas las comparaciones que hacía con su propia madre eran la noche y el día, una leona protegiendo a sus cachorros comparada con una mantis religiosa que devora a su compañero.

Alejandra era una mujer deslumbrante, alta, con unos ojos marrones verdosos que llamaban la atención, era de Córdoba, morena y guapa como ella sola. Su peculiaridad, además de sus ojos, eran sus orejas, unas orejas algo abiertas que lejos de afearla le daban un aire de elegancia y diferenciación que combinaba a la perfección con una sonrisa enorme pintada de carmín rojo, sobre la que se distribuían a ambos lados de sus mejillas algunas pecas bien esparcidas que a Marco siempre le

parecieron trozos de cielo nocturno. Era mayor que Marco un par de años, cuarenta y un años muy bien llevados, parecía más joven que él.

Evidentemente Marco averiguó rápido de qué procurador se trataba, con qué tipo se la estaba pegando. Y un buen día decidió caminar hasta su oficina, coincidió con el procurador en el ascensor, pues le preguntó sin saberlo si conocía donde tenía su oficina, y sin esperarlo, resultó que la respuesta fue que le tenía delante. Supo entonces por quién le había abandonado su mujer, se llevó un chasco enorme, el tipo era poco más joven que él si acaso, pero no era nada del otro mundo, un tío del montón, con gafitas y traje caro. Aceptó entonces que era verdad, que Cupido había lanzado una flecha del Monopoli a su mujer y al cretino que tenía enfrente. Subió al último piso, salió fuera, desde allí divisó con rabia el estadio Santiago Bernabéu. En la parte más alta del edificio se sentó a divisar Madrid; a solas en la azotea, volvió a llorar sin reprimir el llanto, sin preocuparse por esconder su gemido lastimoso y entrecortado. Menos de cinco minutos le bastaron, después se enjugó las lágrimas y volvió andando a casa mientras se juraba no volver a derramar una lágrima por ella.

Todo esto lo sabía Ana por Daniel, cuando le invitaron a cenar a casa, hace ya unos meses, para hablar del caso. Ana pudo comprobar que el jefe de su marido era un hombre peculiar, una persona encantadora, de buenos modales, con un porte llamativo aunque algo menos imponente que el de su marido, y unos ojos azules preciosos que parecían sacados de la gran pantalla de Hollywood. Pero sin duda, lo que más llamó la atención de Ana era la conversación de Marco: se encontraba cómodo en todos los terrenos artísticos, sobre todo en cuanto a literatura se trataba, pero también lo pudo comprobar cuando hablaron de pintura. Ana aparte de abogada pintaba en sus ratos libres y Marco apreció sus cuadros, que adornaban toda la casa.

—Pero mírala ella, estos cuadros no los ha podido pintar mi compañero de coche de ninguna manera, me encantan. Y el estilo,

pero no me digas, has hecho una copia perfecta de un cuadro de Turner, ¿me equivoco?

—Es Venecia —dijo Daniel mientras su mujer se ruborizaba un poco.

—Venecia vista al este, hacia San Pietro de Castello a primera hora de la mañana, es una obra de Turner —completó Marco— me encanta Ana, ese cian sobre un fondo amarillo oro, con esas pinceladas de magentas anaranjados, y esa silueta de la ciudad en un azul neblinoso, espectacular.

—Gracias —dijo Ana sorprendida y algo sonrojada, ¿te gusta la pintura?

—Me encanta, y este pintor me fascina, pintó como nadie las tormentas, el mar y las nubes, dicen que se ató a la proa durante una tormenta para pintar como nadie sus cuadros. No es mi preferido pero nunca me canso de disfrutar la obra de Turner, cuando le descubrí me tiré mirando más de una hora el barco negro.

—¿Cuál es tu pintor preferido Marco?

—Yo diría que Van Gogh.

—¿Por qué? —preguntó Ana animada, con una gran sonrisa que no le pasó desapercibida al jefe de su chico.

Marco suspiró y dirigió la vista hacia el suelo mientras reflexionaba:

—Digamos que no es el mejor pintando, que no lo encuadraría en el impresionismo ni en ninguna corriente de su época, digamos que lo que le hace diferente es su propia vida, no ya por la frivolidad de su oreja —bromeó e hizo una pequeña pausa, pues a su mente vino Alejandra tras pronunciar oreja, y después, mirándole a los ojos y casi pidiéndole su aprobación susurró casi distraído—, por su propia vida, sus penurias, sus calamidades, por los libros que leía, por su relación con Gauguin y con su hermano Theo, por su buen corazón, porque sus modelos eran prostitutas, porque murió joven, porque estaba loco —y ya casi en un susurro imperceptible apenas, sentenció— por su amor a lo que hacía —y en un definitivo susurro, imperceptible totalmente, añadió— porque me veo reflejado en su tristeza.

Marco comprobó que aquella casa denotaba un cuidado especial en la ornamentación, en el gusto refinado de aquella mujer que aunque no era especialmente guapa, ni mucho menos se podía decir que era fea, sus rasgos eran perfilados, sus huesudas y pequeñas manos eran blancas y delicadas, su pelo corto por un lado y más largo por el otro, su boca era pequeña pero se agrandaba con su sonrisa, su nariz pequeña, sus ojos marrones acanelados, más bien tenía un encanto único pero no en su aspecto físico tanto, sino en sus aires, su forma de andar, de moverse, de explicar cada detalle de sus pinceladas, de su cuidado por lo minimalista, incluso por el de su manera de vestir, con una falda recta por encima de las rodillas y una blusa blanca ceñida con un par de botones desabrochados que insinuaban un bonito escote, por su perfume afrutado levemente, una mujer que causó una gran impresión a Marco, una abogada que, definitivamente, estaba convencido le llevaría el caso de la custodia de la pequeña Claudia.

Marco se sorprendió cuando Ana le preguntó porque no había venido a cenar con Anastasia, desconocía que Daniel le había hablado de ella, puesto que la historia de aquella relación no era fácil de contar. Anastasia era una prostituta que acababa de empezar una relación con Marco, la habían conocido como testigo en el caso de la muerte de una compañera en un club de alterne. Marco desconocía si Daniel le había contado todo a Ana, incluso su profesión, y se limitó a excusarse diciendo que como venían a hablar de la denuncia de su ex, no lo pensó apropiado. Daniel le guiñó el ojo de tal forma que Marco interpretó que Ana no conocía demasiados detalles de Anastasia y para que no le interrogase le echó un capote pidiendo a su mujer que no le incomodase, que estaban empezando a conocerse, que la «veterinaria» Anastasia tenía mucho trabajo, que lo mismo estaba de guardia, que otro día sería mejor para que se presentasen todos.

En la cena Daniel sintió algo de rabia por no saber seguir los temas, por no haber estudiado más; sólo lo había hecho hasta bachillerato, en COU lo había dejado. Quizá sintiese algo de

celos incluso, pues Marco y Ana se entendían a la perfección, a pesar de que su mujer era además de licenciada en Derecho, en Bellas artes, y Marco, además de inspector era licenciado en Políticas y en Sociología, y llevaba la conversación a su antojo. Daniel quedó fascinado de la explicación que Marco les dio del *Angelus* de Millet. Hablaban de los pintores que más habían influido en Vincent Van Gogh, Daniel no conocía a ninguno. La escena del cuadro, contaba con aires didácticos Marco, muestra a dos campesinos que han interrumpido su trabajo en el campo para rezar el *Ángelus*, la oración que recuerda el saludo del ángel a la Virgen María en la Anunciación. En medio de un llano desértico, los dos campesinos se recogen en su plegaria. Sus caras quedan en sombra, mientras que la luz destaca los gestos y las actitudes, consiguiendo expresar un profundo sentimiento de recogimiento. Según Marco, la cesta que hay a sus pies, de recoger la siembra, era en un primer momento el hijo muerto de estos. Después, Millet cambió su idea por ser demasiado violento para la burguesía de la época. Aquí su jefe y su mujer se enzarzaron en una disputa acerca de lo que había en la maldita cesta, Daniel preguntó cómo se escribía Millet y lo tecleo en su Iphone para saber de qué hablaban.

Al instante la conversación se fue a la literatura y ahí Marco salió aún más airoso, si bien él decía que no tenía tiempo de leer, se refería a como él quisiese, pues reconocía estar leyendo tres libros a la vez. Explicó que realmente sólo estaba leyendo uno, los otros dos se los leía una aplicación del móvil, se descargaba libros que después «Siri» le leía mientras él cocinaba o se arreglaba la barba. Daniel sólo recordó horas después que Marco había comentado algo de un tal Zola, y lo recordó por un futbolista que había jugado en el Chelsea y del que era admirador. Ana por su parte estaba fascinada. También preguntó a Marco por sus escritores preferidos, no entendía como un inspector de policía estaba tan interesado en la literatura y el arte y dominaba también ambos campos.

—Dime una cosa Marco —volvió a la carga Ana con sus preguntas—. Sé por Dani que te encanta Kafka, de hecho me pidió que le regalase *La Metamorfosis* para su cumpleaños, cuando le pregunté me contó que se lo habías recomendado tú y ahí me empezaste a caer bien. Dime otro escritor que te encante, y si creo que me vas a responder lo que creo que me vas a responder, te haré otra pregunta.

—¿Un escritor que me encante? ¿Actual?

—No, mejor de antes.

—Me encanta Poe por ejemplo.

—Ajá, lo que pensaba, ya sé algo más de ti.

—¿El qué? —Sonrió Marco y miró a Daniel como esperando respuestas, pero su compañero tan sólo se limitó a encogerse de hombros y a ofrecerle más vino, un Rioja bastante bueno que había traído su jefe.

—Te gusta Van Gogh, Kafka, Poe... Sabes una cosa, todos murieron jóvenes, Van Gogh no llegó a los cuarenta y los otros dos murieron a esa edad, eres un auténtico soñador a la vez que un auténtico pesimista, crees en los mitos, en los genios, en la grandeza de esos hombres y sus propias vidas, ahora bien, confío en ti, ¿tus escritoras preferidas?

—*Touché* —dijo Marco agarrando su corazón con la mano derecha—, me estás haciendo una buena encerrona, en fin, creo que Ana Frank, más después de haber visitado su casa en Amsterdam, Irene Nemirovsky, Virginia Woolf me encanta, y la que me salvará de tu teoría perversa, Herta Muller.

—Lo ves, todas con un final temprano, salvo Muller claro, que la has mencionado para salvarte —bromeó— Estoy convencida de que podrías decirme en menos de un par de minutos más de treinta escritores que hayas leído que hayan muerto jóvenes, si puedes chico, lamento decirte que eres un tipo especialmente complejo.

—En dos minutos no creo pero si te parece, te reto, yo digo uno y tu otro, a ver quién sabe más, pues creo que eres una tipa especialmente compleja.

—Miguel Hernández —empezó Ana con una gran sonrisa demostrando que la divertía la propuesta.

—Federico García Lorca. ¿Antes de los 40?

—Sí, Apollinaire.

—Gustavo Adolfo Bécquer, ya saltas de nacionalidad —bromeó Marco.

—Yo no juego eh —interrumpió con sarcasmo Daniel algo molesto.

—Robert Louis Stevenson —apuntó Ana.

—No, no hagas trampas, pasó de los cuarenta.

—Venga va, tienes razón, te estaba probando: Emily Brontë y sus *Cumbres borrascosas*.

—Giacomo Leopardi, y reconozco que me estás sorprendiendo Ana.

—Jack London, lo leí en el instituto.

—Christopher Marlowe.

—Lord Byron.

Fue entonces cuando Daniel intervino ya más molesto y recriminó aquella especie de broma en la que no podía participar.

—Vale amor —se disculpó Ana mientras acariciaba la cara de su marido—, pero le tocaba a Marco, y yo creo que ya no sabía más. Échale a Marco otra ostra cariño.

Marco repasó mentalmente aquellos de los que se acordaba aún mientras Daniel le servía otra ostra enorme. Keats, George Büchner, Charlotte Brontë, Shelley, George Trakl, Nathanel West, Wilfred Owen, Sir Philip Sidney, Pascal, Flannery O'Connor, Rimbaud, Stephen y Hart Crane, Heinrich Von Kleist, que era el escritor favorito de Kafka... Pero en el fondo sus preferidos no estaban entre estos, sentía debilidad por Auster sobre todo, y por Bolaño, sin embargo se quedó sorprendido de la teoría de Ana, de su inteligencia, y de la cantidad de escritores jóvenes muertos que se le habían quedado en la memoria. Era cierto que sentía debilidad por ellos, que había leído a todos aunque fuera poco, y quizá su objetividad estaba en entredicho, se quedó calla-

do pensando en ello a la vez que Ana engatusaba a Daniel para que no se enfadase.

No fue hasta los postres cuando se empezó a tratar el tema de la custodia de la pequeña. Alejandra había vuelto hacía unos meses y acababa de demandar a Marco pidiendo la custodia de la niña y alegando que su hija estaba creciendo con un borracho. Marco cambió el semblante y le pidió a Ana que cogiese el caso sólo si podía asegurarle que su ex no podría ver a la niña.

Cuando acabó la velada y Daniel acompañó a la puerta a Marco se permitió bromear acerca del marrón de Anastasia.

—Joder Daniel, ¿qué le has contado, que mi novia además de puta es veterinaria o qué?

—Fue lo primero que me vino a la cabeza cuando me preguntó a qué se dedicaba.

—No tienes porqué ocultárselo, tienes suerte, una gran mujer, de veras, te envidio —y esto lo recalcó como afeándole algún *affaire* que sabía que Daniel tenía de vez en cuando.

—Calla erudito, que te puede oír.

—Bueno, cuéntale lo de la prostitución, creo que entre nosotros, si va a llevar mi caso, no debe haber secretos. No hace falta que le cuentes que se apellida Putalova —se rieron ayudados por el vino que habían tomado en la cena y mientras se abrazaban Marco le recordó aquello de la causalidad refiriéndose al apellido de su actual novia. Sí, aunque le pesase, Marco se había encaprichado de una puta, primero por la necesidad de refugiarse en una mujer y por lo mal que lo estaba pasando, y después, porque Cupido le había enviado una flecha de necesidad: de la pena pasó a la diversión, al encanto, al atraimiento, y como pasan las cosas que no tienen demasiado sentido, de ahí pasó al enamoramiento. El único problema es que Anastasia Putalova, que también empezaba a enamorarse del policía, seguía ejerciendo la prostitución. Quizá no era amor, pero se le parecía un poco.

En la cena Ana le puso a Marco una condición para coger el caso, era imprescindible si querían ganarlo con todas las de la ley;

dejar la bebida de inmediato. Aunque Ana se tomó el caso como algo personal y puso todo su empeño, no habría tal caso pues los acontecimientos acabaron por precipitarse de tal manera como jamás habrían imaginado ninguno de los protagonistas. Antes de irse a la cama esa noche, Ana reconoció a su marido que Marco era un hombre muy interesante, no le reconoció sin embargo que se había sentido atraída por él, y jamás supo que esa misma noche, Marco se masturbó pensando en ella, eso sí, imaginándola sin embarazar. A la mente del policía vino Abierto hasta el amanecer de Robert Rodríguez y la frase que pronuncia George Clooney: Puedo ser un cabrón, pero no un puto cabrón.